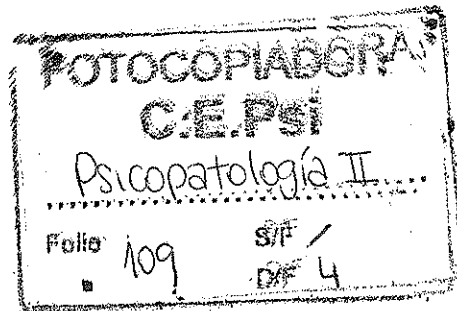


Del niño como objeto a los objetos del niño¹

Marie-Hélène Brousse



En primer lugar no preví hablar de clínica hoy sino de teoría. ¿Por qué propuse este tema? Muchas razones de actualidad y otras que me interesan desde hace tiempo.

Siempre me ha parecido problemático en la lectura de los textos de Lacan, saber si se habla del niño en tanto objeto, si se habla de los objetos del niño, si la madre sería el sujeto o el objeto, dicho brevemente, esa especie de confusión que muchas veces, no en Lacan sino en la lectura que hacemos, hace que se bascule del sujeto al objeto sin saber demasiado de quien hablamos.

Es evidente que en sentido vulgar, la madre es un sujeto, el niño es un sujeto, todos lo somos, pero al mismo tiempo, según el eje por el cual se tome la cosa, uno se encuentra con la definición contraria.

Es una preocupación que tengo desde hace tiempo, en particular desde que escribí mi tesis sobre la relación madre-hijo: de quién se habla en tanto sujeto u objeto en tal o cual frase, para evitar la confusión, que no es sin relación además, con la confusión misma en la lengua francesa de la que se sirve Lacan a partir de la utilización del genitivo. En el deseo de la madre no se sabe nunca si es ella quien desea o si es la deseada; el amor de la madre misma.

Es el tipo de situación, un poco confusa, en la cual podemos suponer que hay algo de lo real en juego —y no es únicamente la lengua que nos engaña o que nos mete en un malentendido— ya que se repite en diferentes contextos. Hay, entonces, forzosamente, algo que indica la singularidad de la relación sujeto-objeto en psicoanálisis que hace que como no hay definición del objeto en términos de objetividad científica, de exterioridad, se encuentre una definición mucho más compleja topológicamente que «dentro y fuera». Es un elemento preliminar «desde Freud mismo» que el objeto en psicoanálisis es en primer lugar un objeto interno y no material, pero al mismo tiempo puede serlo.

Lo que no viene de tan lejos es lo que el año pasado trabajamos con los estudiantes sobre la clínica de los objetos, donde fui llevada sobre cierto número de textos fundamentales de Lacan sobre el tema y en particular, a intentar ver cómo en el desarrollo de su enseñanza, este objeto se modifica, se transforma, hasta desembocar en esa nueva categoría del objeto *a* que va a tomar un lugar central tanto en el *Seminario 23*,² como en la conferencia intitulada «La tercera».³

Allí, Lacan ubica al objeto *a* en el centro, en la intersección de los tres círculos que traza representando lo simbólico, lo real y lo imaginario. La ascensión, la fuerza de este concepto en la enseñanza de Lacan (acompañada de un abordaje en política lacaniana, que pone allí el objeto en el centro), ha sido resumida

por Jacques-Alain Miller en una fórmula tomada de Lacan y retomada de otro modo, que es «*nuestra época es una época de ascensión del objeto al cenit*» designando al mismo tiempo, las transformaciones que el discurso científico ha determinado en las diferentes modalidades del discurso del amo, al emplazar el objeto en el centro, evocando eso que otros pudieron definir como el discurso del consumismo: se puede decir que hay una ascensión al cenit del objeto, con la función dada al objeto α , que viene a equilibrar la función paterna y la función simbólica que hasta allí eran dominantes.

De este modo, la ascensión al cenit del objeto α implica que todos seamos el objeto de Otro que gestiona. El período en que eso ha comenzado es la Segunda Guerra Mundial, la *Shoah*, «*todos objetos de un Otro gestor*». En el fondo, el mundo entero es un gran negocio, una gran tienda, donde son administrados la circulación de objetos y, esencialmente, su venta, en oposición a una sociedad tradicional donde existía la tendencia a decir «*todos hijos del Padre*», en referencia a la cristiandad.

Ese «*todos objetos de un Otro gestor*» implica, en consecuencia, varios elementos; uno que no desarrollaré, pero que no es sin consecuencias en la cuestión del niño: una feminización de los seres hablantes. ¿Qué me lleva a decir eso? Tal como Lacan lo demuestra en su primera enseñanza, la de lo simbólico, apoyándose en Lévi-Strauss, lo que caracteriza a los seres hablantes del lado mujer, es que ellas sean a la vez sujetos del inconsciente y de intercambio. Lévi-Strauss lo demuestra con la ley de interdicción del incesto y el análisis de las estructuras de parentesco hecho a partir de esta constatación. Desde el momento en que todo el mundo se encuentra en posición de ser un objeto al mismo tiempo que un sujeto, implica una feminización que es patente, una feminización de los hombres, de los niños, por este estatuto de objeto que definiré.

Otro punto, —importante punto sobre el objeto desde la referencia lacanianiana— consiste en articular el término «objeto» con el *ser* y el *tener*. Lacan, en el *Seminario 5*,⁴ evoca que tener objetos, al mismo tiempo que serlo, participa del emplazamiento del campo de la realidad. No hay emplazamiento del campo de la realidad sin esta doble referencia al objeto respecto del *ser* y del *tener*. Eso supone, naturalmente, la perspectiva de una simbolización, puesto que no hay objeto sin ella. Es la tesis lacanianiana de que no hay objeto sin significante, lo que no quiere decir que el objeto sea de una naturaleza distinta a la del símbolo.

Todo el *Seminario 5* es una prueba de ello: no hay objeto si no hay simbolización. Esta tesis separa la enseñanza de Lacan de la de los posfreudianos, ya que precisamente, tanto los teóricos de la relación de objeto como los del genetismo, se hacían la pregunta acerca de la procedencia, del origen de los objetos. Para decirlo de otro modo, ¿qué hace que en un momento determinado el bebé esté en concordancia, en armonía, utilice, encuentre los objetos?

Evidentemente, hay dos tesis: la tesis de una suerte de autismo radical —es, sobre todo la del genetismo, que se desarrolla a partir de un cierto número de *patterns* (1) incluidos en la dotación genética— y la tesis de los teóricos de la relación de objeto, que consideran que de entrada hay objeto. Lo que da lugar a un modelo doble: un modelo donde lo que es fundamental es el *uno* y un modelo donde lo que es fundamental es el *dos*.

En Lacan la tesis, si queremos llevarla al extremo, no es *hay el objeto*, sino *hay el lenguaje*. Tanto el objeto como el sujeto son coordinados por la estructura, como dice Lacan en su primera enseñanza, es decir, por el hecho de que el inconsciente esté estructurado como un lenguaje. De eso se desprende el objeto, ya que no consideramos en psicoanálisis que haya ningún otro objeto más que

aquellos que se pueden atrapar en y por el mundo del lenguaje, y en una cura analítica hay muchos objetos y el único acceso que tenemos es el lenguaje. Por tanto, hay un *ser* de lenguaje, si quieren primero, por oposición al discurso común sobre el objeto, que precisamente reenvía más bien a la materia —ésta se opone al lenguaje—, lo que implica, por otra parte, que el psicoanálisis —pese a sus últimos avances— no pueda reducirse a una biología. Ello no hace menos cierto, que algunos analistas posfreudianos como Winnicott, se hicieran la pregunta, de una manera tenaz y hábil, sobre la caracterización del objeto puesto en juego por los términos: *ser un objeto para el otro* y *tener objetos*.

Esta oposición entre *ser* y *tener* es el binario sobre el cual Lacan se apoya para proponer una primera teoría de la sexuación. Se ve muy claramente, que el objeto está ligado a la cuestión de la diferencia sexual. Esto ya es complicado, tal vez es menos complicado si se es simplemente freudiano, y se dice que el objeto está ligado fundamentalmente a la cuestión de la satisfacción pulsional, no siendo posible pensar el objeto por fuera del registro de la satisfacción.

Ahora bien, *ser* y *tener* ¿qué cosa? Ustedes saben la respuesta: el falo. Es la tesis del *Seminario 5*, es la tesis freudiana y evidentemente no es eso lo que resulta más comprensible para el común de los mortales —visto que como objeto bizarro, extravagante, se posa, se establece allí— no forma parte de los objetos que usualmente están en venta en los supermercados, lo cual no impide que sea uno de los fundamentos de la teoría del objeto en Lacan, en el período comprendido entre el *Seminario 3* y el *6* inclusive. Lacan mismo lo dice: yo lo investigué para ustedes, el objeto fundamental es el falo, objeto extraño.

Segundo elemento para pensar el objeto en términos del *ser* o el *tener*, tanto ser un objeto para otro como tener objetos, implica, como dice Lacan en los *Escritos*, una primera sustitución, una metáfora fundamental. ¿Qué es esa metáfora inaugural? No es, forzosamente, la metáfora del Nombre-del-Padre, sino justamente, la simbolización, es decir, el advenimiento del campo de la realidad humana por el sesgo del lenguaje.

Para que haya objetos es necesario que haya simbolización. No hay objetos humanos sin símbolo, lo que no quiere decir que los objetos se reduzcan al símbolo, es más bien una condición necesaria. Ustedes no tienen acceso a ningún objeto si no tienen un símbolo. Ejemplo banal: pasean en un bosque y no conocen absolutamente nada de árboles, no conocen el nombre de los árboles y entonces no identifican nada. Y no podrán referirse a esos nombres de los árboles, habiéndoles a otros, de los tipos de hojas, etc. No hay acceso a lo real del objeto sin esta primera metáfora operada por la simbolización en relación con la cual el inconsciente es en cierto sentido la consecuencia, la consecuencia desafortunada.

Winnicott es un psicoanalista posfreudiano particularmente interesante a quien Lacan ha rendido homenaje, pues él ha abordado la cuestión del objeto de la manera más cercana a la experiencia clínica. No se si ustedes han leído sus textos, pero hay uno muy conocido sobre una madre con su pequeño —que tiene entre seis meses y un año— agarrando una cuchara que Winnicott tenía en su consultorio.

De este modo, describe punto por punto todos los momentos del juego hasta que el niño se desinteresa de la susodicha cuchara. Hay toda una teorización de Winnicott al respecto, en particular una que llamaré «de la completad», dado que tiene la idea de que es muy peligroso interrumpir al niño, ya que considera que el juego tiene que llegar a su punto final, que consiste en el fondo, en dejar caer el objeto. Ello implica una teoría más bien de la caída, que de la falta de

objeto, cuyas consecuencias en la educación de los niños ha sido del tipo «hay que dejar hacer hasta el final», no hay que interrumpir, puede tomar el biberón hasta el servicio militar... (Risas).

Hay un *dejar hacer* que se sigue de la idea de que hay un ciclo completo en la relación con los objetos, que es formador, del que Winnicott hace el arquetipo de un espacio y de un tipo particular de objeto: el objeto transicional. De hecho, el objeto transicional, ustedes lo saben, es un fetiche y la posición de Lacan en cuanto a la relación con los objetos, es decididamente de una falta indomesticable. En el fondo, el hecho de poder jugar con un objeto hasta que uno se harta de él y lo olvida, retorna a la idea de que el objeto no falta. Y bien, esto no es completamente cierto, dado que en su muy preciso análisis del objeto transicional, Winnicott pone en evidencia dos características fundamentales del objeto —de hecho, son siete pero yo me quedo con dos—: los objetos transicionales tienen un nombre, no hay objeto transicional que no tenga nombre, y por otra parte, tiene que ser un objeto material porque es necesario que se lo pueda perder, por tanto, no puede ser un objeto interno o del cuerpo —Winnicott dice que el pulgar no es un objeto transicional, es parte del cuerpo y no se lo puede perder.

Todo esto viene como en eco con la manera muy diferente que tiene Lacan de abordar el tema. Los cabellos tampoco son objetos transicionales porque es preciso que se puedan perder —algunos pierden sus cabellos pero no en la primera infancia— (risas). Estas dos características que Winnicott establece de su aguda observación del juego del niño con los objetos, me parecen muy importantes. Entonces, aunque él no pone ante todo lo que acabo de decir bajo la égida del significante, bajo el poder de simbolización en tanto cuadro, contexto de la realidad así como fundamento de la realidad, sin embargo a partir de la precisión de su observación clínica, él está obligado a poner en evidencia que no hay objeto sin nombre. Y, por otra parte, su materialidad que no está definida como tal sino por el hecho de que puede faltar. Para Winnicott un objeto no es material si no se lo puede perder; un objeto es un objeto sólo si se lo puede perder. Y es lo que lleva a Lacan, en los años del *Seminario 5*, a considerar que Winnicott da una definición muy cercana a lo que es el objeto.

Entonces, vemos bien que todo esto va a servirle a Lacan para introducir el objeto *a* y que será parte de lo que voy a decirles ahora en torno al «objeto metonímico», al «universal» y al objeto «ilusorio» —incluso el objeto primitivo—, todos términos que caracterizan al objeto en el *Seminario 5*. Como ustedes saben, este seminario es posterior al seminario sobre la relación de objeto,⁵ en el cual Lacan emprendió el caso del pequeño Hans con ese vigor y ese rigor clínico geniales en él. A saber, estamos en el momento en que en el psicoanálisis de la época no se deja de hablar de la relación de objeto, donde tenemos sobre la relación de objeto tesis y más tesis. Y él decide interesarse por la relación de objeto. Dice: «¿dónde están los objetos?». Bueno, hay objetos en la perversión, están los fetiches, el zapato del fetichista, eso es un objeto; por tanto, en *La Relación de Objeto*, una parte está consagrada a la perversión dado que la perversión es una puerta de entrada para comprender el estatuto del objeto. ¿dónde más hay objetos en el mismo estilo de pregunta radicalmente clínica de Lacan? Bueno, hay objetos en la fobia porque la fobia es una reacción de angustia que surge cuando aparece un cierto tipo de objeto en el mundo, sea un lobo, una araña, la oscuridad... la fobia es el lugar en el que el objeto aparece constituido clínicamente, en la palabra misma del sujeto: «tengo miedo de...», porque los sujetos en la fobia no dicen «estoy angustiado» sino «tengo miedo

de». No es evidentemente un miedo, es una angustia pero de algo. Es entonces, ante todo, por la perversión y por la fobia que Lacan introduce la investigación sobre el objeto.

En el *Seminario 5* volviendo sobre la lógica del inconciente, Lacan despliega todo el desarrollo edípico del niño. Es la segunda parte del seminario; después de la consagrada a la lógica del inconciente, enteramente consagrada a un estudio del desarrollo del niño como pocas veces en Lacan, muy clínico y al mismo tiempo muy teórico, y muy cronológico. Es una cronología más *lógica* que *crono*, pero es asimismo en términos de etapa, de duración que Lacan aborda las cosas. Es en esta perspectiva que él retoma la cuestión del objeto. Tomemos una primera cita que luego comentaré: «*Si el niño puede encontrar a qué referir su posición [en relación con la madre, el padre, etc.] es únicamente porque la dimensión del símbolo ya está inaugurada. Está representada aquí como eje llamado de las ordenadas en análisis matemático. Es lo que permite concebir que el niño deba orientarse con respecto a dos polos.*»⁶ (II)

Entonces, si ustedes quieren, la simbolización es lo que permite al niño encontrar su posición en referencia a sus objetos y a otros donde él será el objeto. Dado que a fin de cuentas es esta suerte de dialéctica la que se pone en juego; por un lado, vamos a ver que la madre es el Otro primordial de la simbolización, pero que ella también es un objeto de amor del niño y, por otra parte, vamos a ver que el niño es también situado como objeto por referencia a este Otro materno. Podríamos tener la idea de una reciprocidad, no la hay, no hay ninguna. Entonces la cuestión es saber por qué no hay ninguna reciprocidad en el hecho de que el niño es un objeto para la madre y que la madre es un objeto para el niño. ¿Se ve por qué? Porque si el niño es un objeto para la madre es por el lado del deseo, mientras que si la madre es un objeto para el niño, es desde el costado del amor, es decir de la demanda. De tal modo que Lacan, en este seminario, retorna el Edipo freudiano que no es otra cosa que el estudio de las correlaciones entre, por un lado, las identificaciones y, por otro, las elecciones de objeto. Por ejemplo, en el seminario él se interroga sobre el Edipo invertido como excelente ejemplo de las posiciones perversas. Vuelve precisamente sobre las perturbaciones de la relación entre identificaciones y amor de objeto, las dificultades del joven homosexual por ejemplo, donde para obtener el amor del padre hay una sola solución: identificarse al primer objeto, que fue la madre.

Se ve que esta lógica, entre identificación y elección, es complicada en Freud porque finalmente, uno no se identifica sino a los objetos que se han elegido como tales, como objeto de investidura. Ustedes no se identifican así nomás en general, los niños no se identifican de cualquier manera. No se trata aquí de etología. Para que haya habido identificación es necesario que, en primer lugar, haya habido elección de objeto. Identificarse a la madre no es posible sino en tanto ella ha sido un objeto; y el movimiento inverso es posible —regresivo, diría Lacan—, es decir, tomar por objeto un elemento identificatorio. ¿Por qué regresivo? A causa del estadio del espejo, podríamos decir. La identificación primera, está ligada a la imagen en el espejo, al narcisismo y entonces, a una investidura libidinal de la imagen. Ello propicia que haya un momento en el cual, primeramente, la identificación es correlativa de la elección de objeto, y de cierta forma, es extremadamente difícil en la clínica discernir entre elección de objeto e identificación, que muchas veces se recubren y plantean cierto número de dificultades.

En este seminario, Lacan utiliza una máquina que es la articulación de tres tiempos: el de la castración, el de la frustración y el de la privación. Tres tiempos

que llevan las modificaciones en cuanto a la relación de objeto. Además, los tres tiempos del Edipo: el tiempo uno, vinculado a la relación con la madre, Otro primordial, período del *Fort-Da*; luego, la intervención en un segundo tiempo, del padre quien dice que no, de la privación, y en el tercer tiempo, el padre que dice sí, el padre lacaniano, que dona y da la autorización administrativa «un día tendrás objetos, hijo mío», «un día tendrás» —autorización de tener y de ser.

De este modo, Lacan retoma todo esto no sin relación al pequeño Hans; tal como deben recordar, en el caso de Hans hay tres tiempos: el anterior a la eclosión de la fobia, el tiempo bajo transferencia en la cura, y el de su resolución. Antes de la fobia tenemos un pequeño Hans cuya característica es tal vez la siguiente: él es el falo de mamá, es decir, el objeto del deseo materno, él lo sabe y todo marcha bien, y tiene objetos. La prueba clínica de esto es que él tiene niños, se ve con niños. Vemos claramente la identificación a la madre. Él es, por un lado, el objeto de la madre, eso desde el lado del ser, y al mismo tiempo, tiene objetos, evidentemente se trata de objetos imaginarios sobre los cuales él tiene todo el poder como, a fin de cuentas, puede considerar que su madre tiene todo el poder sobre él.

Entonces, ese Otro primordial implica ya el lenguaje y una satisfacción que Lacan evoca en el *Seminario 4*⁷ como una posición de equilibrio, espléndida, satisfactoria. Al pequeño Hans nada lo contraría, todo marcha bien, no hay síntoma, no tiene miedo a nada. Evidentemente, todo eso se sostiene en una condición: es él el que obtura la falla, la ausencia materna, es decir, cuando la madre se va no lo busca más que a él, es el objeto que la colma, y también, esto se sostiene sobre el hecho de no tomar en cuenta la diferencia de los sexos. «Todos parecidos, todo el mundo tiene la misma cosa», «mamá tiene niños, yo también», «yo tengo un pene, mamá también», no hay por qué inquietarse, para todo el mundo es similar.

Este tiempo, es un tiempo de alienación del sujeto pequeño Hans y Lacan habla allí del «sometido», sojuzgado, por el deseo de la madre. Ustedes dirán «siempre se está sometido al deseo del Otro». Sí, pero no forzosamente, siendo el único objeto. Hay un momento en que es así. Dejo de lado lo que el niño es para la madre, de eso no se sabe nada, no es el asunto de la observación del pequeño Hans. Tenemos sin embargo algunas ideas, ella está muy cerca de él, y saben cómo esto termina: por un lado, con el descubrimiento por parte de Hans de la erogencia de su sexo, primera satisfacción «genital» y por el otro, el nacimiento de su hermana (Lacan sostiene que si no se hubiese producido al mismo tiempo, no hubiese ciertamente tenido una fobia, es del orden de la contingencia).

¿Qué es lo que sucede? Él cae de la posición de ser el objeto de deseo de la madre, se trata de la posición que él mismo se atribuía, no está para nada dicho que él lo haya sido de hecho para la madre, es una posición del sujeto pequeño Hans la de considerarse como el objeto de deseo de la madre. Esto se manifiesta así: él viene a mostrarle su pene, y la cosa comienza a malograrse, estropearse, dada la respuesta de la madre. La posición de objeto ideal que había tenido hasta allí, se agrieta un poco. Es su fantasma sobre sí, él es el falo materno. Lo que viene a irrumpir en su fantasma, es el descubrimiento de la castración materna, lo cual conduce a Lacan a decir que es el fundamento de todos los síntomas neuróticos; muy importante, además, porque la neurosis infantil es un elemento estructural para definir si uno tiene que vérselas con una psicosis y a partir de allí podemos decir que la madre aparece como privada. El desencadenamiento de la fobia se realiza a causa de un mal funcionamiento de

la metáfora paterna, la madre está privada, pero no es por el padre. Lacan dice en este texto que el padre es una metáfora, que es el Nombre-del-Padre el que viene a metaforizar; esa metaforización no marcha y tenemos la aparición del caballo que viene a ocupar ese lugar, con todas las molestias que implica. Hasta en el tiempo 3, que es el tiempo del don: una vez que se reconoce la castración generalizada, tenemos la posibilidad del don.

El padre, habiendo al comienzo privado, puede después donar, es decir, dona lo que tiene. Es justamente lo que diferencia al amor del don, lo que se da en el amor es lo que no se tiene y en el don se da lo que se tiene. Suele haber la tendencia a identificar el amor y el don y en la «Psicopatología de la vida cotidiana»⁸ el don se identifica muchas veces como una prueba de amor.

Para concluir sobre este elemento, sobre esta lógica fálica, —no les dije cada vez «fálico», «objeto fálico», pero se trata de eso, tenemos términos diferentes, objetos diferentes: objeto ilusorio, objeto metonímico, objeto fundamental y objeto primitivo.

Al comienzo del capítulo 15 se encuentra todo un pasaje que explicita lo que acabo de decir «algo que, suponemos, quiere hacerse reconocer, que participa en una aventura primordial, que está ahí inscrito y que se articula, y que nosotros siempre relacionamos con algo original, que sucedió en la infancia y fue reprimido».⁹ Entonces ¿qué es eso original que sucedió en la infancia y que fue reprimido? «Es la aventura primordial de lo que ocurrió en torno al deseo infantil, el deseo esencial, que es el deseo del deseo del Otro, o el deseo de ser deseado. Lo que se ha inscrito en el sujeto a lo largo de esta aventura, queda ahí, permanente, subyacente (...) He aquí qué se inscribe, a medida que se desarrolla la historia del sujeto, en su estructura —son las peripecias, los avatares, de la constitución de dicho deseo, en tanto está sometido a la ley del deseo del Otro (...) aquel deseo del Otro que es el deseo de la madre».¹⁰ Es en esta dialéctica primordial que se constituyen los objetos del sujeto.

Esta definición del objeto metonímico, es un hápax en Lacan, él no utilizará de nuevo los objetos metonímicos, y por tanto me ha parecido interesante retomarla. Entonces, sitúa la cadena de significantes y la cadena de significados, *S* con una *s* debajo, dicho de otro modo, los elementos de la lengua con *S* que son la materialidad del significante y por debajo los significados. He aquí lo que dice: «Se constituye aquí una relación entre dos series, una serie *S*, *S'*, *S''*, que simboliza para nosotros la existencia de una cadena significativa, y una serie de significaciones, debajo. Mientras que la cadena superior progresa en un sentido determinado, eso que está en las significaciones progresa en sentido contrario. Es una significación que siempre se desliza, huye y se escapa, y así, a fin de cuentas, la relación profunda del hombre con toda significación es, por el hecho de la existencia del significante, un objeto de un tipo especial. Este objeto, lo llamo objeto metonímico».¹¹ Definición en la cual, el objeto, es la significación. Es la solución que Lacan encuentra en ese momento para diferenciar el objeto del significante. En la fobia, el objeto fóbico es un significante.

Pero, evidentemente, si eso le permite a Lacan mostrar la articulación del objeto al lenguaje, no explica los otros objetos, ya que no todo es fobia, hay objetos en relación con los cuales no se es fóbico. La pregunta entonces sería: ¿qué son estos objetos en relación con los cuales no hay fobia? Evidentemente, hay ciertos objetos que han de ser considerados bajo la versión del significante. Tomo un ejemplo: en cierto momento, los niños les demandarán una espada láser de Darth Vader¹² de color rojo. Esa espada láser, es fácil notar, es algo telescópico y su estructura fálica no deja lugar a dudas, entra, sale, entra, sale.

Así pues, vemos el valor fálico de este objeto pero se lo puede descifrar según diferentes vertientes. Está su vertiente significante, es la espada láser de Darth Vader, hay una identificación detrás y con esa identificación hay un ícono, hay un significante «Darth Vader», son palabras. Por ejemplo en este momento tengo un muchachito que viene a verme, que está totalmente en este asunto, y hace dibujos, dibuja muy, muy mal. Al comienzo, cuando quería mostrarse simpático, no dibujaba otra cosa que casas con flores. Luego, supe por su madre que se encontraba un poco molesto, —«eso me enoja con la señora, es que no hago otra cosa que dibujar casas con flores»— decía. Sin embargo, luego, comenzó a hablar de otra cosa y llegamos al bricolaje de la espada de Darth Vader. Demandó una, fabricó una, donó una —la suya vieja, a su hermana menor—. Y empezó a dibujar a Darth Vader. Es alguien a quien le encanta escribir, tiene 7 años, recién aprendió a hacerlo y aun así ha escrito «Darth Vader». Es un significante, un ícono, el objeto de la identificación pero es también una significación, eso que Lacan llama un objeto metonímico.

Un objeto metonímico es un objeto que siempre se desliza, y así, a fin de cuentas, la relación profunda del hombre con toda significación es, por el hecho de la existencia del significante, un objeto de un tipo especial.

El objeto espada láser es a la vez un significante, un ícono y un objeto metonímico, es decir un magma de significaciones que reenvía al valor absoluto, es decir el valor fálico. Todos los otros sables, espadas, son mensurables a partir de este objeto. Entonces, ¿por qué Lacan lo llama objeto metonímico, significación fálica? Antes de haber dicho que el objeto es un significante, fue llevado a decir también que es un significado, una significación, y diferencia por tanto, ese objeto como significación de eso que encarna, el valor fálico. Entonces, los objetos del niño a la altura del *Seminario 5*, son objetos metonímicos, que encarnan, materializan la significación fálica que se desliza bajo los significantes. Y por esto hay condiciones que ponen en juego al gran Otro, es decir, la metáfora paterna.

Ustedes saben que Darth Vader es un padre, ya tuve ocasión de hablar de eso con él, con este pequeño que me viene a ver una vez por semana. Sabe que es un padre y yo soy una mujer y olvidé un nombre —no recordé cómo se llamaba Darth Vader cuando era niño— y él tampoco. A la semana siguiente, cuando llegó me dijo: «¿sabes?, lo recordé: Anakin Skywalker». Por lo tanto, estamos en esto, hacemos finalmente un trabajo de mito, como se hace muchas veces con niños neuróticos. Es un niño que fue enviado por sus padres a causa de sus intensas obsesiones en el trabajo escolar, él quería tener siempre 20, estaba por ello obligado a trabajar sin parar, y no soportaba las tachaduras, lo cual es difícil cuando se está aprendiendo a escribir y por tanto donde fallaba, recomenzaba todo, y en fin, no podía escribir fuera de las líneas, lo que le significaba cierto número de problemas. Y para concluir, siempre había alguno que estaba primero, y él no llegaba a ser el primero. Ahora bien, él es el primogénito, no lo tomó muy bien, y como no dormía más, como no hacía más que pensar al respecto, a los padres les dio un poco de miedo. Cuando llegó, dije: «¿qué es lo que no anda contigo?». «Estoy completamente harto de que mi padre no me deje ver *La Guerra de las Galaxias*», respondió. Efectivamente, su padre se lo impide, es antiamericano, y le parece que no es necesario que la vea, entonces va a verla a casa de su tío. Por lo tanto —ése era el truco—, deduje que el mayor problema de este pequeño muchacho era menos el aprendizaje escolar que la diferencia de los sexos y el poder paterno, por oposición a eso que él admite completamente, con lo cual acuerda, el poder materno.

Ha dibujado la mesa familiar, con las habilidades de cada uno. Por ejemplo, ¿quién puede poner la lengua doblada así? Su madre y él, su padre es incapaz de hacerlo. ¿Quién puede mover las orejas así? Él y su madre, su padre es incapaz de hacerlo. Dicho brevemente, está claro que por el momento hay una cierta dificultad para despegarse de la madre y aceptar la autoridad paterna. Luego, la maestra está feliz porque finalmente en la escuela todo empieza a marchar. Un día, él va a su composición sin estar, como siempre, muerto de la angustia y ha respondido a la pregunta de su madre y su padre así: «creo que salí muy bien». El síntoma cae pero quedan las coordenadas, *La Guerra de las Galaxias*, queda el estatuto de la identificación y el estatuto de la elección de objeto, es decir, después de todo, queda aquello que les expliqué con el *Seminario 5*, la privación de la madre y el don paterno: su padre, ¿le dará o no el sable para Navidad? La cuestión difícil para nosotros en psicoanálisis, es preguntarse si un objeto es un significante, un significado o una cosa. Evidentemente, no es una Cosa, está *la Cosa* en el seminario sobre la ética del psicoanálisis.¹³ Luego de esta Cosa hay un agujero que bordearán los significantes, y los objetos metonímicos, objetos que poseen una significación para nosotros, que son investidos con un valor de significación fálica y sobre los cuales se concentran las formaciones del inconciente. Esos que olvidamos, perdemos, donamos, intercambiamos.

Dejemos el *Seminario 5* y vayamos a la cuestión mayor, es decir al momento en el que Lacan da la clave de lo que va a permitir responder a la pregunta más importante, la diferencia entre el objeto de la madre y los objetos del niño. Es en el seminario sobre la angustia¹⁴ que encontramos algo formidable, un pasaje magnífico, que querría compartir con ustedes: «no sin tenerlo...». (III) Ven por qué comencé por *ser y tener*, Jacques-Alain Miller remarca que comienza su seminario por «no sin tenerlo...» en el sentido de ser el pene, ser el falo o tenerlo.

El pequeño del cual les he hablado está en el punto de pasaje de serlo a tenerlo, pero para pasar de serio a tenerlo, primero debe perderlo, operación un poco problemática: de donde sale el bricolaje de casa que hace con sables láser, con pequeños trozos de madera que pone unos con otros y tiene necesidad de muchísimo papel de goma, en relación con el cual me explica que tiene que pegar muy fuerte, es una goma especial, que se usa en las mudanzas, lo enrolla así para que esté bien sólido porque sino los pedazos se desarman y puede terminar con un muñón de sable. Entonces, cuando está en eso, está en el tema de perderlo. No sé demasiado qué función dar al hecho de que a su sable viejo, que debe estar un poco venido a menos, se lo ha donado a su hermana —puesto que ha manifestado que compartir su sable sería insoportable—. Es una indicación de su posición subjetiva. Antes que compartirlo prefiere donarlo.

Volvamos al *Seminario 10*: prefiere no compartir, por lo tanto, que ella se vaya con un sable venido a menos, y que lo deje en paz. Esto no impide que todo se sostenga en la pregunta, ¿tendrá uno él mismo? Por el momento está obligado a hacerlo.

En dicho seminario, (IV) Lacan vuelve a Hans, quien tiene un fantasma, el del instalador de canillas, y habla de un giro fenomenológico que nos permite designar dos tipos de objetos. De este modo, Lacan hará referencia a algo que me parece magnífico, y que voy a citar para ustedes: «Cuando empecé a enunciar *la función fundamental del estadio del espejo en la institución general del campo del objeto ...*»,¹⁵ ¡es genial! Evidentemente, no es para nada la impresión que daba cuando empecé a trabajar la noción del estadio del espejo,¹⁶ es recién ahora, en el marco del seminario sobre la angustia que puede decir eso.

Esta cita nos indica que no hay campo del objeto sin estadio del espejo; Lacan, para enunciar el campo del objeto, ha pasado por varios momentos: «*Está, de entrada, el plano de la primera identificación con la imagen especular, desconocimiento original del sujeto en su totalidad. Luego está la referencia transactivista que se establece en su relación con el otro imaginario, su semejante. Es lo que hace que su identidad se distinga siempre mal de la identidad del otro. De ahí la introducción de la mediación de un objeto común, objeto de competición, cuyo estatuto corresponde a la noción de pertenencia —es tuyo o es mío—*».¹⁷ Es decir, en el primer tiempo me veo y me apropio de ese objeto que está ahí, es mi imagen, soy yo, por lo tanto, soy el objeto. El segundo tiempo, se encuentra en relación con la «referencia transactivista» —tal como Lacan lo menciona en el seminario— que implica la imposibilidad de diferenciar entre el semejante y uno mismo y, del mismo modo, lo que es mío de lo que es tuyo.

Estaba el otro día en una gran tienda y veía a una niña que debía tener unos dos años, con su papá viendo juguetes y le decía a cada momento: «es mío», «es mi carrito», «es mi bebé». En fin, le dije: «todo es tuyo». Me dijo: «sí». Eso es el *transactivismo*.

Recuerdo un ejemplo así con dos pequeñas niñas, casi de la misma edad, —cuestión que Lacan nota además— y una de ellas pequeña, pero más grande que la otra decía: «yo soy la primera» y la otra decía «yo soy la primera también», y luego la otra replica apurada «yo, ¡desde el principio!» y la otra: «yo, ¡desde el principio también!». Había encontrado el operador «también» anulando toda salida posible del transactivismo y ¡había enojado tanto a la otra! Ella intentó explicarle que, «si soy yo la primera, no puedes ser también tú la primera». La otra siguió repitiendo: «yo también, yo también, ¡yo también!». Eso es el transactivismo: «yo también».

Es lo que hace que su identidad se distinga siempre mal de la identidad del otro. De ahí la introducción de la mediación de un objeto común, objeto de competición, cuyo estatuto corresponde a la noción de pertenencia —«es tuyo o es mío»—. Entonces, están con su semejante, y por tanto: «o es tuyo o es mío». Competencia, esa es la estructura imaginaria de pertenencia. Molestamos bastante, me parece, a los niños pequeños, al intentar moralizar, especialmente en los jardines de infantes, al pedirles que presten su juguete, diciéndoles «hay que prestar». Uno se equivoca, la pertenencia de los objetos es un elemento absolutamente fundamental de la constitución de la identidad y no permite predecir nada en relación con la futura generosidad o mezquindad del niño, porque sería necesario que nos demostraran que las personas más mezquinas han sido las más apegadas a sus objetos, y nada es menos seguro.

Entonces, retomando la cita de Lacan «*en el campo de la pertenencia hay dos clases de objetos los que se pueden compartir, y los que no. Los que no, los veo circular, aun así, en este dominio del compartir con los otros objetos, cuyo estatuto se basa enteramente en la competencia, función ambigua que es al mismo tiempo rivalidad y acuerdo. Son objetos contables, objetos de intercambio*».¹⁸

Allí tienen la definición de objeto fálico, lo que Lacan llamó antes, el objeto metonímico. Es un objeto inscrito en un origen imaginario, la rivalidad, articulado en una lógica simbólica: se puede acordar, como el pequeño paciente del que les hablé, que acuerda con su hermana «okey, te doy mi sable, pero me dejas de molestar». Rivalidad, acuerdo y cotización, es decir, valor; de donde la posibilidad del intercambio, ya que en tanto Uds. no tengan nada de valor, no podrán intercambiar nada. Y eso es el falo, es el falo el que fija el valor de intercambio.

Hay un montón de ejemplos clínicos, sobre todo en la clínica hermano-hermana. Una paciente, por ejemplo, que vive en rivalidad, un odio mayúsculo con su hermana particularmente acentuado, puesto que quedaron huérfanas siendo muy jóvenes y la hermana odiada ha conocido más al padre que ella —le ha dicho: «yo conocí a papá, él habló conmigo, tú eras demasiado pequeña, él nunca te conoció»—. Entonces, teniendo al padre como valor de intercambio —es mío, no es tuyo— lo que ha puesto a la dama en grandes dificultades y que ella recuerda, como algo cercano a una matriz de su relación con ella, es un magnífico regalo de Navidad, una caja de elementos para dibujar, lápices de distintos tipos. Su hermana, habiendo recibido lo que había demandado, una Barbie y los vestidos de Barbie, no muy lindos, no muchos, le propuso el cambio. Luego, ella le dio su caja de lápices a cambio de la muñeca Barbie. La hermana había negociado, regateado, el valor de intercambio del objeto y luego ella se dio cuenta de que dicho valor fue rehecho. Esta matriz se ha repetido hasta el infinito en una rivalidad sin fin.

Entonces, el falo es la unidad de medida y los objetos que en cierto sentido son puestos en función por esta unidad de valor, que hace que entren en la rivalidad, que son del orden de la pertenencia, que entran en el campo de la rivalidad y que son reglados en su circulación por el acuerdo en el intercambio vía la cotización, son los objetos fálicos, nuestros objetos, todos nuestros objetos, lo cual no excluye a los seres hablantes de ese género de objetos también.

Lacan, agregará entonces: «*Si he puesto por delante el falo, es porque es el más ilustre, debido a la castración, pero hay también equivalentes de este falo, de entre los cuales ustedes ya conocen aquellos que los preceden, el escibalo y el pezón. Hay otros que quizás conozcan menos (...) Cuando estos objetos entran libremente en este campo donde no tienen nada que hacer, el de aquello que se comparte, cuando aparecen allí y se vuelven reconocibles, la angustia nos señala la particularidad de su estatuto. Son, en efecto, objetos anteriores a la constitución del estatuto del objeto común, comunicable, socializado. He aquí de qué se trata en el objeto a*».¹⁹

Entonces, ¿cómo nos representamos lo que diferencia un objeto *a* de un objeto fálico? Ustedes imaginan el mundo de los objetos y entre estos objetos, ocultos, algunos que no parecen ser nada especial, pero cuando uno se acerca demasiado, producen angustia; esos son los objetos *a*. No sé si ustedes han visto una película de la que hablo a menudo porque me divierte, *Mars attacks*, (V) es americana, una comedia. Los marcianos están aquí, en la tierra y dicen tener las mejores intenciones. Además, cuando alguien se acerca demasiado a ellos, se transforman en gelatina verde pegajosa y les saltan encima. Los objetos *a*, son eso, parecen ser un objeto fálico, y están falicizados, pero en ciertas circunstancias que son a determinar, dejan aparecer —es la angustia u otros afectos que lo manifiestan— una función totalmente otra.

Como ustedes saben, Lacan establece la lista de los objetos *a* —no es del todo exhaustiva aquella que presenta en el *Seminario 10*, podrá luego añadir otros— y por otro lado, se desplazará rápidamente desde una lista hacia un lugar, un lugar vacío, una función. La lista en cuestión reúne evidentemente los objetos pulsionales y la lista de objetos que son puestos en función como objetos comunes.

Entonces, ahora, han notado claramente —imagino— que son anteriores a la constitución del objeto común. Muy extraño, ¿qué sentido darle a esto? Yo le doy el siguiente sentido que voy a desarrollar con ustedes. En el capítulo en que Lacan habla de los objetos *a*, hace una referencia constante, bizarra, incluso

gramaticalmente, que parece implicar mucho, a saber, «los objetos *a* en el Otro». ¿Cómo es eso? ¿Los objetos *a* en el Otro? ¿Por qué en el Otro? La importancia de precisar que los objetos *a* que están en el Otro radica, a propósito, en que al principio no están allí. El objeto *a*, como de hecho lo estudia uno por uno, es una parte del cuerpo y del organismo del sujeto. Da el ejemplo del seno diciendo que el seno no es parte del cuerpo de la madre sino parte del conjunto del niño. Es un poco enigmático y va a buscar a Santa Ágata con su pequeña bandeja, y sobre su pequeña bandeja su seno y se ve bien que todas las representaciones del seno participan de la lógica del objeto *a*, desde St. Denis con su cabeza sobre la bandeja, en fin, todos tienen algo sobre la bandeja, en un caso son los ojos, en la otra los senos, el otro la cabeza, o el pie. En consecuencia, el objeto *a*, el momento de su constitución, es el momento en que está perdido, en el que cae del sujeto, en el que cae del cuerpo, del organismo del sujeto. Una vez que cayó, está perdido. Todo el uso del lenguaje, es decir toda la dialéctica de la demanda de amor y el deseo, consiste en depositar en el Otro lo que estaba perdido por el sujeto, meter el seno, pegarlo en, adherirlo a la madre, el pene mismo, evidentemente, la mierda misma, la mirada, etc. Todo está posicionado en el Otro en un segundo tiempo, y es eso lo que es muy importante. No lo está en un primer momento —que se corresponde con la separación del sujeto—. Es en un segundo momento que (el objeto) es puesto en el Otro, de modo tal que luego es el Otro quien lo guarda: «*Nunca mi madre ha querido darme lo que yo quería que me diese, todos esos objetos se los guardó para ella*», y así sucesivamente. Lacan hace un estudio muy preciso de estos diferentes momentos pero la lógica consiste en inscribir en el Otro eso que está perdido por el sujeto.

Entonces, si no está inscrito en el Otro ese pedazo perdido, sucede algo extraño, es repulsivo, es un desecho horrible. Imaginen eso en lo que se transforma su pelo en la ducha. ¡Es vomitivo! Imaginen el efecto que tiene, muy utilizado en las películas de terror, un pedazo de cuerpo humano, es repulsivo.

Ahora bien, si ese objeto es injertado en el Otro, cobra brillo fálico y es reinscrito en el intercambio y en la rivalidad. Se lo puede cambiar, donar, robar, arrancar, y así sucesivamente. Pero en todo caso, ha perdido el estatuto de desecho que tienen todos los objetos una vez separados del cuerpo. Para volver a mi pequeño paciente y Darth Vader, en la gran escena en la que se bate con Luke, ¿qué sucede? Le corta la mano y vemos la mano que cae en el espacio interestelar, ¡ah! Vayan a verla con un niño de 5 a 7 años y asistirán en directo a lo que da la angustia de castración. Afortunadamente, en la escena posterior están poniéndole una que es absolutamente maravillosa, recubierta como corresponde. Por otra parte, Darth Vader mismo está «archi» armado, pues el objeto que cae, que está perdido, le provoca repulsión y rechazo. Supongo que como a mí, también les habrá parecido extraño que el objeto *a* pueda ser a la vez *agalma* —lo que los lleva de las narices y causa su deseo— y desecho. Ahora bien, es el desecho si no está tomado en el Otro; deviene el *agalma* si está tomado en el Otro siendo así fundador del ciclo del don y de los intercambios. Este es otro punto muy interesante que trabajé el año pasado, la cuestión del don. Es fundamental en la clínica porque no hay paciente neurótico que en un momento u otro no se plantee que alguna cosa no le ha sido donada. Haber dado tanto y no haber recibido nada a cambio.

Hay también gente que puede vivir esto como una identificación —soy la que da— pero también sucede con los hombres —le ha dado una casa y sin embargo, me deja plantado. Había algo en el don que me interesó tanto más cuanto que toca la cuestión del estrago y en la transferencia, sobre todo con una analista

mujer, puede tener consecuencias terribles. Por lo que es interesante saber a qué condición el estrago materno —nunca me dio más que basura, nada, no me dio amor, no me dio deseo, pero eso, en los análisis de histéricas, no marcha así, porque no es eso lo que se quiere—. En lo cual no está lo que porta la queja pero la queja se apoya sobre el don en sí. Por lo que querría saber cómo andaría el don, pues si Uds. llegan tontamente como ciertos analistas freudianos, —si quiere algo, se lo doy— entonces inmediatamente eso que donan se transforma en una mierda. De donde podemos decir que así no marcha. Es necesaria una condición para que el don marche, funcione, y la condición para que marche es que el sujeto debe haber puesto en el Otro el objeto que quiere recibir de él. No es muy complicado, parece serlo, pero de hecho es muy simple. Este objeto—causa de deseo debe ser puesto en el Otro para que el Otro para que el Otro valga algo. Eso se da en la psicopatología de la vida cotidiana. Por ejemplo, hay personas a las que no les gusta nada que les hagan regalos porque no es eso, el verdadero regalo es precisamente, exactamente, eso. Solo que ¿cómo quieren que sea exactamente eso si no lo han puesto allí ustedes mismos? La condición para que lo sea realmente es que lo hayan puesto Uds. mismos. Lo que el Otro les da es lo que han depositado en él. Esa es una condición posible de aceptación y de satisfacción.

He prestado atención a un recuerdo propio que refiere Winnicott, es un texto no muy conocido donde habla de su estupefacción en Navidad. Sus padres habían puesto en Navidad bajo el árbol una carreta azul y que era exactamente lo que él quería, sin nunca haberlo sabido, no se los demandó. Es un objeto que le llega sin pasar por la demanda, la suya. Es verdaderamente el colmo, sólo que hubiese sido necesario que ya hubiese estado puesta en el Otro, esa carreta, para poder recibirla del Otro. Y es eso lo que explica la diferencia entre el objeto desecho y el objeto agalmático. En la infancia, sucede lo que Lacan describe en el *Seminario 10*, por una parte, la genealogía del objeto fálico, del objeto llamado común, del mundo del valor, los objetos del deseo y además, por otra parte, y con anterioridad, los objetos que causan el deseo y que son, en la neurosis, dado que no es el caso en la psicosis, puestos en el Otro. Porque como dice Lacan el psicótico tiene su objeto en el bolsillo y por tanto no lo pone en el Otro. No lo ha perdido, opera de una manera distinta y de resultados de ello no hay para nada mezcla entre este campo del objeto allí y el campo fálico, el campo del lenguaje. Encuentro por otra parte interesante en el texto, aunque más confusa, la referencia a la partición. (VI) La cuestión es que Lacan considera que una cosa es segura, los objetos *a* no se comparten, (VI) pero no está seguro de que no haya igualmente objetos comunes que tampoco se compartan. Tomen como ejemplo el cuadro de *La Gioconda*, no se puede partir. (VI) Considérese el juicio de Salomón, no es un objeto *a* lo que está en juego, es una obra de arte y eso no se divide. (VI) Me dirán que en caso de herencia, tenemos a uno en Boston y el otro en Massachussets... no estoy totalmente segura que la partición (VI) no sea a veces extraña: en el campo fálico, estoy bastante segura de lo contrario. La ausencia de división (VI) se encuentra también en el campo fálico pero puede ser que, cuando un objeto en el campo fálico no se puede dividir (VI) es con seguridad un objeto que reenvía a un objeto—causa de deseo, siendo que no es lo que parece ser. Les daré un ejemplo, niños pequeños alrededor de una piscina. Es la hora de la merienda, comen un chocolate, les encanta. Queda una barra pero son cuatro, el que terminó primero dice: «Yo voy a comer otro». El otro que engulle muy deprisa lo que le quedaba dice «yo también».

Competencia. El adulto dice: «divido (VI) la barra en cuatro, la quieren los cuatro». Estilo Salomón. El primero dice «entonces, yo no lo quiero», el segundo

tampoco. Por lo tanto una barra de chocolate es un objeto divisible. (VI) El adulto dice: «asimismo se puede compartir una torta». Ellos dicen «no queremos más». Y hay uno que dice: «yo la quería entera» y sin duda el otro hubiese podido decir «yo la quería solamente para mí». Solamente para mí implica una rivalidad que no saca este objeto del campo de la competencia.

Por el contrario, creo que al cortarla en cuatro, la barra de chocolate no es más una barra de chocolate: la barra deseable es la barra completa, es decir, la de la rivalidad, eso que no tendrán los otros y del que gozará solo y al mismo tiempo más allá de eso, está él mismo como objeto del Otro al que apunta, el don del adulto, que lo erige en su valor de objeto precioso, de objeto fálico. Cada uno hubiese querido ser el objeto *a* del adulto que causaba su deseo.

Hay en psicopatología y en las curas, elementos que son así de cruciales, pero yo no tengo una enorme experiencia con niños, tengo algunos. Me intereso más por los niños neuróticos que por los psicóticos. Les reservo más tiempo que a los niños psicóticos, pasan cosas también con ellos, pero me enseñan menos, o me han enseñado menos hasta ahora. Hay mucho que aprender de los niños psicóticos. En los casos que conciernen a la práctica con niños, muchas cosas pasan por los niños, y una cantidad enorme pasan por los objetos. La interpretación versa sobre el objeto-*causa* de deseo y no nos acercamos a éste sin los otros objetos. No hablo de llenar el escritorio de cosas, algunos lápices, hojas de papel, un juego; un intercambio así, con mucho del ser, poner mucho del ser en juego allí. Pero creo que es absolutamente central en la interpretación, en la cura de niños. En la cura de adultos también pero hay formas diferentes del objeto, está mucho más velado en el fantasma que en el caso de la cura del niño.

Allí vemos que la cuestión del sable es en sí misma algo que coordina la rivalidad con el padre, la integridad corporal, la causa del deseo, la causa del actuar que estructura la relación con la hermana. Incluso, este pequeño niño acaba de tener un hermanito que él ha acogido mal enseguida. Fue a verlo a la clínica y sus primeras palabras fueron que él apesta, es increíble y es la identificación de este niño con un objeto *a* mierda. Por otra parte, fue hasta la ventana porque se desmayaba por el olor inmundado de ese pequeño bebé. Cuando llegó a casa me ha vuelto a hablar de él: «es extremadamente extenuante para mamá, la ha despertado sin parar». Lo cual me permite hacer el pasaje, al mostrarle que él es totalmente consciente, o más bien, totalmente inconsciente, pero siempre atento al lugar de objeto *a* del niño por parte de su madre y del hecho que él mismo tiene los mayores inconvenientes para dejar ese lugar de objeto *a* de su madre para poner él mismo en función sus propios objetos *a*. Lo que por otra parte está haciendo, pero sin dudas, en la angustia.

Notas

- (1) Conferencia pronunciada en Aix-en-Provence, invitada por el CEREDA. Texto establecido por Jorge Yunis, traducido por Anibal Mendiburo y corregido por Guillermina Ritsch. No revisado por la autora.
- (2) Lacan, J.: *Seminario 23: El sinthome*, Buenos Aires, Paidós, 2006.
- (3) Lacan, J.: «La tercera», en *Intervenciones y textos 2*, Buenos Aires, Manantial, 2001.
- (4) Lacan, J.: *Seminario 5: Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- (5) Lacan, J.: *Seminario 4: La relación de objeto*, Paidós, Buenos Aires, 1998.

- (6) Lacan, J.: *Seminario 5: Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Paidós, 1998, p. 232.
- (7) Lacan, J.: *Seminario 4: La relación del objeto*, Paidós, Buenos Aires, 1998.
- (8) Freud, S.: *Obras Completas, Tomo VI, Amorrourtu*, Buenos Aires, 1998.
- (9) Lacan, J.: *Seminario 5: Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Paidós, 1998, p. 279.
- (10) *Ibidem*, p. 279.
- (11) *Ibidem*, p. 239.
- (12) Personaje de la serie de ficción *La Guerra de las Galaxias*.
- (13) Lacan, J.: *Seminario 7: La Ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- (14) Lacan, J.: *Seminario 10: La Angustia*, Buenos Aires, Paidós, 2006.
- (15) *Ibidem*, p. 103.
- (16) Lacan, J.: *El estadio del espejo*.
- (17) Lacan, J.: *Seminario 10: La angustia*.
- (18) *Ibidem*, p. 103.
- (19) *Ibidem*, p. 103.

Notas del Traductor

- (I) En inglés en el original *patterns* puede traducirse por «patrónes».
- (II) Hemos reproducido la traducción de este pasaje (y los siguientes del mismo seminario) tal como figura en la edición castellana de *Seminario 5: Las Formaciones del Inconsciente* de Jacques Lacan, Paidós, Quilmes, julio de 1999, p. 232.
- (III) Literalmente: «no lo es sin tenerlo».
- (IV) En lo que sigue, reproducimos el texto de *Seminario 10: La Angustia* de Jacques Lacan. Lo mismo vale para las páginas que hemos incluido: 102 y 103, donde se encuentra en la versión castellana el pasaje que se trabaja aquí.
- (V) En inglés en el original. Filme conocido en español como *Marte ataca*.
- (VI) En el pasaje siguiente se traducen el término *partager*, según el contexto, por: «compartir», «dividir», o «partir». En este caso traducimos *partage* por «partición» o «división».